843
Q
PQ 2378
.03
D478

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD—DERECHOS RESERVADOS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS DERECHOS DEL HIJO

I

Habia terminado el período de sesiones anuales en la Diputación provincial del Oise y David Herbelin bajaba apresuradamente la escalera principal de la Prefectura, dirigiéndose á la salida. Dejóse oir tras él un ruido de pasos precipitados, y una voz potente que exclamaba:

—David, ¿dónde vas tan corriendo? Casi te has despedido de mí.

Herbelin se detuvo. Su interlocutor llegó hasta él, y cogiéndole del brazo le dijo en tono de afectuosa autoridad:

—Pero hombre, ¿tanta prisa tienes?

—Ya lo creo—respondió Herbelin,—tengo el tiempo preciso para llegar á la estación y que no se me escape el tren de la Neuville.

—¿Conque no tienes bastante con lo que hemos trabajado hoy que aún pretendes ir á tu dichosa fábrica?

—Así es, mi coronel.

—Anda, vente á París á comer conmigo.

—Imposible, me están esperando.

Habían llegado á la plaza y se dirigían á paso largo hacia la estación, saludados á su paso por las gentes de la población, pues ambos eran muy conocidos en Beauvais. Difícil hubiera sido hallar dos tipos más distintos: el coronel Pérignon era alto, de ojos azules, magnífico bigote y palabra altisonante: Herbelin era por el contrario pequeño, delgado, de aire soñador y mirada un tanto velada; su cabeza, que revelaba el genio, permanecía casi siempre inclinada hacia el suelo, como si sucumbiera bajo su peso, y su voz era, en fin, dulce y apagada. Ambos pertenecían á la Diputación provincial, en la que David mostraba su luminosa sagacidad de sabio á la vez que su reflexiva práctica en materias industriales, en tanto que el coronel hacía retemblar los cristales de las ventanas merced á la marcial sonoridad de su voz, sembrando el terror entre sus adversarios políticos con interrupciones tan fogosas como inútiles. Caminaban del brazo bajo los ardientes rayos de un sol de agosto, Pérignon embutido en entallada levita, en una de cuyas solapas lucía una condecoración militar; pantalón gris, botas de charol y cubierta su cabeza con un elegante hongo color de café; Herbelin vestía de negro, llevaba sombrero de copa y bajo el brazo una enorme cartera repleta de papeles; se cuidaba tan poco de la elegancia, que sus manos iban desprovistas de guantes, y aun es posible que no los llevase ni en el bolsillo. Contaban casi la misma edad; esto es, ambos pasaban

ya de los cuarenta. El coronel peinaba ya muchas canas, en tanto que Herbelin conservaba negros sus cabellos, y su fisonomía despedía cierto aire de frescura y de juventud.

—Pero, vamos á ver, ¿qué vas á hacer en la Neuville?

—Un experimento, en extremo interesante, que hace largo tiempo preparo, que creo ya en estado de madurez, y en cuyo éxito te hallas interesado desde el momento en que eres uno de mis accionistas.

—Vaya, vas á exponerte una vez más á deshacerte la cara y á que salte el establecimiento como el año anterior...

—Tranquilízate—dijo riendo Herbelin,—el establecimiento está asegurado.

—¡Majadero! Qué puede importarme esa barraca—exclamó el coronel,—lo digo por tí...¿Creerás, por ventura, que fué para mí plato de gusto, llegar como llegué á la fábrica, llamado por tu director, y hallarte con el pelo chamuscado y con la piel de la frente colgando sobre la nariz?... Cuando reflexiono que se debe á un verdadero milagro el que no se te vaciaran los ojos...

—Es cierto—respondió tranquilamente David,—pero mis investigaciones de entonces valían la pena.

—¡Testa dura!—rugió Pérignon con voz tan tonante, que un perro que se hallaba echado en el quicio de una puerta, se dió á correr como alma que lleva el diablo.—¡Así respondes tú á las pruebas de amistad de los amigos! ¡Ingrato!

—Vamos, hombre; no te incomodes—interrumpió con dulzura Herbelin—y sobre todo, nada temas. Ya están terminadas las investigaciones en lo que respecta á los explosivos, y no me ocupo sino de substancias inofensivas. Creo haber dado con un cristal que pierde por completo su fragilidad y que puede trabajarse á una temperatura relativamente baja, como si fuese metal. Podremos rivalizar con las magníficas cristalerías de Venecia, y á precios fabulosamente baratos... Ya verás, ya verás... Pero, ahora que pienso, ¿por qué no me acompañas tú á la fábrica? Comeríamos juntos y podría enseñarte mis productos... Tú querías llevarme á París, permite pues, que sea yo quien te lleve á la Neuville...

—Muchas gracias; pero no es posible. Mi sobrino Raoul me aguarda á comer en mi casa, y además tengo que hacer una visita en Beauvais antes de abandonarle.

El rostro de David se iluminó con una sonrisa.

—¿Está bueno tu sobrino?

—Sí, Cendrin está muy contento de él.

—¿También come Cendrin en tu casa?—preguntó el industrial con repentina vivacidad.

—¡Ah! veo—exclamó con amargura el coronel—que si nuestro amigo asistiese á esa comida, serías capaz de abandonar tu fábrica y tus productos químicos, y aceptarías la invitación que ha poco has rechazado... Siempre le has querido más que á mí.

—Ahora eres tú el majadero—interrumpió Herbelin.

—¡Señor Herbelin!—dijo en tono de protesta el coronel.

—Bien, ¿y qué, Sr. Pérignon? ¿Crees que me metes miedo con tu voz de cañón y tu fulgurante mirada...? Nada de eso, amigo mío: no me impresiono yo tan fácilmente. Sí señor, eres un majadero al representar una escena de celosa amistad en medio de la calle; ¿y á propósito de quién? A propósito de Cendrin, hacia el cual sientes los mismos grados de cariño que yo... Quiero, sin embargo, hacer constar, que aunque nuestro amigo hubiese asistido á esa comida, yo no hubiera ido á París, pero sí confesaré que al ser esto así y al no aceptar tu proposición, habría sido doble mi sentimiento.

—¡Hum! menos mal—murmuró el coronel.

—Vaya, adiós, hasta la vista; ya tengo ahí el tren... ¡Ah! da un abrazo á Raoul de mi parte...

—Y tú haz el favor de decir á tu señora, que mi primera visita en París será para ella... Un besito á Cecilia...

—Será mañana por la tarde—dijo Herbelin, con un ligero acento de tristeza,—hasta entonces no volveré á ver á mi pequeña alhaja.

—¡Buen viaje!—gritó Pérignon.

—¡Buen regreso!—respondió David.

Penetró este último en la estación, y el coronel dirigióse muy aprisa hacia el centro de la ciudad.

Instalado ya y completamente solo Herbelin en el coche, en el cual acababa de entrar, entregóse en ensueños al pasado. Volvióse á ver otra vez niño en la institución Boissonneau, amigo y cama-

rada de Cendrin, cuyo padre era ilustre sabio, á la par que Senador, y amigo también de Pérignon, que se enorgullecía al ver que el suyo servía al Emperador en calidad de ayudante de campo. No existía la menor paridad entre él y los hijos de aquellos dos personajes; su padre era, ni más ni menos, que un pobre regente en la imprenta imperial. No ligaba, pues, ningún otro visible lazo, que el de una instintiva amistad y el de una irresistible afinidad de ideas y sentimientos á los dos privilegiados por su nacimiento y al desheredado por la fortuna. Cendrin, Pérignon y Herbelin, habían constituído un solo grupo y habían formado un tan sólido y amigable trío, tan estrechamente cerrado y compacto, que sus compañeros de clase les denominaban las tres testas duras. ¿Por qué, cómo ó por quién habíase lanzado por vez primera semejante denominación? Nadie hubiera podido decirlo. Acogióse alegremente por aquellos mismos que eran objeto de ella, y aquel mote les sirvió de lazo de unión en el transcurso de sus estudios. Pérignon, ya lo hemos visto, ¿no acababa de llamar testa dura á Herbelin, en un momento de mal humor, acordándose bruscamente de los tiempos de su infancia?

Queriéndose, defendiéndose y alentándose unos á otros habían llegado los tres amigos al término de sus estudios: Pérignon había entrado en Saint-Cyr, Cendrin en la Escuela de medicina y Herbelin en la Politécnica, cuando á la desgracia le plugo caer sobre la familia del más pobre, á la vez que del más brillante de los tres. El regente de la imprenta imperial perdió de repente y por completo la vista; y no siendo suficiente el corto retiro que le quedaba para atender á su sostenimiento, vióse David en la necesidad de trabajar para conseguirlo. No tuvo más remedio que despedirse para siempre de los largos y minuciosos estudios que hubieran podido conducirle en toda regla y por directo camino á una carrera administrativa cualquiera. Preciso era, pues, agenciarse recursos, y para ello tenía que pedírselos á la industria. Gracias á la protección del conde Pérignon, pudo entrar como subdirector y con un sueldo de cuatro mil francos en la fábrica de productos químicos de la Neuville, pudiendo de ese modo cubrir las necesidades de su familia.

Allí, y con el natural desconsuelo de ver para siempre destruídas sus ilusiones, púsose á trabajar con ardimiento, llegando poco á poco á tomar singular interés en los trabajos que en la fábrica se emprendían. Aprovechándose de la ausencia del director, Sr. Lebarbier, que se hallaba con más frecuencia en Beauvais que en la Neuville, habíase instalado en el laboratorio y consagrádose á investigaciones químico-industriales, que bien pronto llegaron á apasionarle. ¡Cuán grande fué el cambio que pudo observarse en la marcha del establecimiento desde el instante mismo en que Herbelin comenzó á manifestar su iniciativa! Los usos y costumbres de contramaestres y obreros sufrieron rudo revés; la pereza y la incuria tornáronse en actividad y buenos deseos; pusiéronse en aplicación sus nuevos métodos, se estudiaron sus inventos, y lla-

mó por fin, poco á poco, la atención de los accionistas, al observar éstos la creciente prosperidad de la fábrica, al propio tiempo que se atraía también la hostilidad del director.

Veinte años habían transcurrido desde entonces, y le parecía que tan sólo databan de ayer. Sin embargo de esto, ¡cuántos acontecimientos acumulados durante aquel período! ¡Cuántos esfuerzos, que el éxito había coronado! Él, David Herbelin, había llegado á aquel país, con una simple maleta que encerraba sus modestos vestidos, y en la actualidad era, por mitad, propietario de aquella misma fábrica, pero ampliada, modernizada, desconocida; en una palabra, tenía un hotel en París y una fortuna considerable, representaba en la Diputación provincial el cantón de la Neuville, y podía ser diputado cuando quisiera.

Ante sus ojos, que rebosaban alegría, evocábanse dos figuras: la una de mujer, de tierna niña, la otra. Morena la primera, de resplandeciente mirada, labios rojos y cierto aire de fuerza y ardor, era sin duda bella, pero de una belleza inquieta y misteriosa; la segunda, dulce, delicada, rubia, de ojos cándidos y azules y labios puros y sonrientes. Eran su esposa y su hija, á las que confundía en un mismo cariño y por las que diera con gusto la vida. Ninguna de las ideas que abrigaba su pensamiento era extraña al cariño que sentía hacia aquellos dos séres, y todos sus esfuerzos tendían á un solo objeto: ser dueño de la mujer, y hacer dichosas y ricas á entrambas.

Cuando fué por vez primera á la Neuville, le

presentaron á la señorita Luisa Lebarbier, y al hallarse frente á frente de la joven, sintió la misma impresión de inquietud y de admiración que sentía al cabo de diecisiete años de matrimonio, sobre todo cuando le miraba de cierto modo, que él calificaba, riéndose, de mirada imperial. Ver á Luisa y convertirse en su esclavo fué todo uno. Enamoróse locamente de aquella encantadora niña, por más que al verla tan fría y desdeñosa, no alimentaba esperanza alguna de ser correspondido. Y no podía ser de otra suerte, porque ¿qué podía significar para ella el hijo del antiguo cajista, el pobre empleado que se mostraba sucio y con el natural desorden en la ropa, á causa del trabajo, siempre que la joven hacía alguna que otra aparición en la fábrica, y mal vestido, tímido y balbuciente, cada vez que tenía el honor de sentarse á la mesa de su jefe? ¿Podía, por ventura, existir nunca nada de común entre la altanera y bella Luisa Lebarbier y el desdichado y mísero Herbelin?

Sin embargo de esto, llegó un día en que la situación cambió de un modo brusco. Propalóse la noticia de que el subdirector acababa de hacer un descubrimiento que iba á dar inusitado impulso á la prosperidad del establecimiento. El Sr. Lebarbier había hablado de ello delante de su hija con cierta significativa amargura. Se sintió atajado, vencido por aquel joven, que no contento con explotar lo que ya existía, rebuscaba en lo desconocido con aptitudes y probabilidades de lograr su intento. Pretendía haber inventado un líquido excelente para limpiar toda clase de telas, que